

Triunfos de Judas Macabeo.
Restablecimiento de los servicios religiosos

Encomendado Lisias por Antíoco para reprimir la sublevación judía, hizo preparativos considerables y encargó a Tolomeo, hijo de Dorsineno, gobernador de Cilesiria, que dirigiera la campaña. Las operaciones militares fueron confiadas a dos generales muy distinguidos, Nicanor y Gorgias. Parecía tan segura la victoria, que ya llenaban el campo asirio los mercaderes de esclavos para traficar con los cautivos que se hicieran. Judas reunió a sus fuerzas en Mispa. No eran ya gavillas de fanáticos que querían morir por su fe. Era un pequeño ejército muy bien organizado en regimientos y batallones. Su piedad era grande y con ayunos y oraciones se preparaban a una lucha desigual.

La estrategia de Judas fue de verdadero capitán, y todavía la admiran los hombres de guerra. Cuando supo que el ejército sirio había llegado a Emmaús, a la entrada de los desfiladeros que llevan a la meseta de Jerusalén, guió a su ejército hasta cerca del enemigo, hacia el Sur. Los judíos

se asustaban de la muchedumbre de enemigos que tenían que combatir. Judas despidió para sus casas a los recién casados y a los que habían adquirido fincas recientemente, temiendo que fueran flojos en la acción, y luego anunció que al amanecer del día siguiente marcharían contra el enemigo.

Nicanor lo supo todo por sus espías. Creyó poder tomar el campamento judío por medio de una sorpresa nocturna. Gorgias se encargó de efectuar este golpe osado. Al enterarse Judas, dio de comer a sus hombres, mandó luego encender grandes hogueras, levantó el campo sigilosamente y se metió en las montañas, acercándose con rodeos al cuerpo principal del ejército sirio.

Gorgias cayó sobre el campamento judío, que halló abandonado. Creyendo que los judíos habían huido a la montaña, se dirigió a ella para perseguirlos. Pero Judas que conocía el país llegó al amanecer, frente al campamento sirio. Las trompetas tocaron a la carga, los judíos se precipitaron con furia y aunque eran muy pocos, aprovechándose del asombro de sus enemigos, ganaron en pocas horas una completa victoria. Todo había acabado, y ardía el campamento sirio, cuando llegó Gorgias, después de haber corrido inútilmente. Aterrorizados y desalentados sus soldados, se dispersaron. El botín fue enorme.

Como consecuencia de la victoria de Emmaús (primavera de 165) parecía surgir la toma de Jerusalén, que debía constituir el mayor empeño del héroe judío. Pero Judas conoció que no se había acabado aún la guerra del campo. Efectivamente, Lisias no estaba lejos, y acudió en persona para vengar el fracaso de sus tenientes (otoño 165). Fue totalmente derrotado en Betsur, cerca de Hebrón, y luego volvió a Antioquía, para preparar un desquite que nunca había de llegar.

El camino estaba abierto a Judas Macabeo para entrar en Jerusalén, arrojando de allí a «la abominación de la desolación». La posición de Akra era tan fuerte que no pensó seriamente en desalojar de ella a los sirios; pero separadas por un valle las dos colinas de Jerusalén, eran bastante independientes una de otra para que una guarnición colocada en una de las acrópolis no causase molestia a los servicios religiosos que se practicaban en la otra. Destruídas las murallas por orden de Antíoco, Judas pudo penetrar sin sacar la espada en la ciudad y en el patio del templo. Los renegados se pusieron bajo la protección de los sirios en el Akra.

El espectáculo que presentaba el recinto del templo debía de ser odiosísimo para un judío. Todo mostraba impureza y abandono. Las construcciones estaban derruidas, las malezas crecían por todas partes. No se tardó una hora en hacer desaparecer tales horrores. Las tropas de Judas tenían en jaque a la guarnición de Akra para que no perturbase lo que se hacía al otro lado de la ciudad. Se rompió la estatua de Júpiter Olímpico con el altar que la sustentaba y se arrojaron aquellas piedras malditas a un lugar impuro. Las piedras del antiguo altar de Jehová que había servido para sacrificios abominables, fueron situadas en lugar determinado, mientras aparecía un profeta que decidiese lo que se había de hacer. Se eligieron sacerdotes perfectos según las reglas levíticas y se restablecieron las cosas como estaban tres años antes. Los

vasos sagrados, el candelabro, el altar de los perfumes, la mesa de los panes y los cortinajes se hicieron de nuevo.

El 25 de kislew del año 165, tres años día, por día, después de la gran profanación, se hizo por la mañana un sacrificio solemne en el nuevo altar de los holocaustos. Se adornó la fachada del templo con coronas de oro y escudos. Se cantó al son de las liras, las arpas y los címbalos. La fiesta duró ocho días, y se decidió, por decreto de la comunidad, que se celebrase perpetuamente, en recuerdo eterno de aquel gran día. El rito fue, poco más o menos, el de la fiesta de los tabernáculos, que recordaba la estancia en el desierto. La nueva fiesta había de conmemorar la época en que Israel vivía en las montañas y en las cavernas como las fieras.

Realmente fue aquel día uno de los más extraordinarios de la historia de Israel. Un grupo de levitas y de gentes sin costumbres militares había logrado arrancar su templo a una potencia que sin ser la primera del mundo, disponía de un ejército serio. El poder sirio no es expulsado de Jerusalén, pero queda fundada en realidad la autonomía judía. Roma tendrá mejor éxito dentro de doscientos treinta y cinco años, pero sin poder nada contra el espíritu. Roma era cosa distinta de Antíoco, y además las circunstancias eran muy diferentes. Se producían similares movimientos de independencia en toda Siria. El vínculo seléucida se debilitaba. Repúblicas y dinastías independientes se establecían en todas partes. A la Era de Antioquía que empezó con el establecimiento definitivo de Seleuco Nicator, substituyen multitud de Eras de ciudades particulares. Lo que funda las dinastías, la fuerza militar, ha hablado en Judea como en todas partes. Habrá una dinastía judía, no salida de la casa de David, olvidada ya, sino del fanatismo levítico. Jerusalén y Judea no tendrán tal vez una era nueva, pero la crisis ha producido dogmas nuevos, que pronto serán los dogmas del mundo. Un nuevo Israel ha salido de las luchas macabeas, y este pobre país trabajará más que nunca por la humanidad.

Tiene más interés estudiar el combate interior de este pueblo que seguir las peripecias políticas de la pequeña dinastía que va a fundarse. El pueblo que ha sido el último en llegar al concepto de la inmortalidad enseñará la inmortalidad a pueblos que parecían haberla heredado de sus antepasados. Más vale esto que las miserables intriguillas, cuyo centro va a ser Jerusalén. La nueva dinastía tendrá todos los defectos de las orientales y de los malos judíos. Olvidadiza de su origen, fanática sin piedad, pronto se convertirá en dinastía profana; contrariará los verdaderos destinos del pueblo, preparará a Herodes y combatirá a Jesús antes de que nazca. No vendrá de ella la verdadera gloria de Israel.